

La inclusión no sólo es un concepto

Primera parte

En la Región de O'Higgins y a nivel nacional, hemos avanzado significativamente en materia de inclusión. Para algunos, este progreso se hace visible a través de un amigo o familiar que requiere ciertas adaptaciones en su vida diaria.

En mi caso, tanto mi profesión como mi pasión por la inclusión me han llevado a este camino. Hace dos años me gradué como terapeuta ocupacional y actualmente trabajo en el Colegio Hermano Fernando de la Fuente, en San Fernando.

Mis días, al igual que los de todos mis colegas en este establecimiento, están llenos de desafíos, pero también de aprendizajes y satisfacciones. Cada uno de nosotros tiene una historia en

común que nos ha traído hasta aquí, movidos por un mismo propósito: la felicidad de los niños.

En conversaciones recientes con Nicolás Farias, el actual director, y Jimena Manríquez, docente de apoyo de la unidad técnica, coincidimos en que nuestra mayor satisfacción es ver a los niños felices. Y si esa felicidad implica que en el futuro puedan acceder a un puesto laboral, nuestra labor cobra aún más sentido. En nuestras aulas conviven niños con diferentes diagnósticos, cada uno con su propia mirada y forma de ver el mundo. Sus expresiones nos alegran y, en ocasiones, nos desafían a buscar herramientas para guiarlos en su regulación emocional y/o conductual. Pero, más

allá de cualquier condición o diagnóstico, son niños. Niños que merecen jugar, aprender y desarrollar habilidades para la vida diaria, como cualquier otro.

El trabajo en este colegio es desafiante. La diversidad de diagnósticos y los múltiples retos nos han llevado a capacitarnos constantemente. Sin embargo, todos compartimos un mismo objetivo: la inclusión. Porque la inclusión no solo es un concepto, es una oportunidad infinita para cada niño que cruza la puerta de entrada. Muchos de nuestros estudiantes llegan al colegio como cualquier otro niño, con su mochila bien puesta y su uniforme impecable.

Pero al salir, a menudo lo hacen con la

energía desbordante de quien ha vivido un día lleno de emociones, como si hubieran recorrido la selva amazónica. Hasta aquí, encontramos igualdad. Pero al cruzar esa puerta hacia el exterior, la realidad cambia. La vida fuera del colegio sigue siendo menos inclusiva: miradas, gestos o murmullos de pasillo hacen que nuestros estudiantes se enfrenten a un mundo que, muchas veces, los ignora o margina.

Esta situación no es justa. Y no lo digo solo por mí o por quienes trabajamos en este establecimiento, sino por el bienestar de todos los niños y personas en situación de discapacidad. En nuestro colegio, alrededor del 80% de las familias se encuentran en situa-



Por Ayleen Castro
Terapeuta Ocupacional

ción de vulnerabilidad, lo que hace que la brecha de oportunidades sea aún más profunda.

Sin embargo, la responsabilidad de cambiar esta realidad no recae únicamente en los profe-

sionales del área ni en las familias, y mucho menos en los niños. Es un deber de toda la sociedad. Cada persona tiene un rol fundamental en la construcción de un entorno verdaderamente inclusivo.